



ASOCIACIÓN CULTURAL CTV TEATRO

(Colectivo de Teatro Vistazul)

Severo Ochoa, 46 41702 DOS HERMANAS (Sevilla)

Teléfonos: 95-567-87-58 610-71-41-12 C. I. F.:G91160929

Web: www.ctvteatro.com E-mail: ctvteatro@ctvteatro.com

Sainete

EL CUARTITO DE HORA

hermanos Álvarez Quintero

Habitación modesta en casa de Rogelio, oficial de una relojería en Sevilla. Balcón a la derecha de la actriz, y puertas a la izquierda y al foro. Limpieza y orden. Es por la mañana, en abril. María Luisa, la mujer de Rogelio, que da la hora mejor y más a tiempo que todos los relojes que maneja él, sale por la puerta de la izquierda, puesta de veinticinco alfileres.

MARÍA LUISA: No se quejará. Me he echado encima el equipaje entero. Sobre todo, sus cosas. Va a reírse cuando me vea. Se va a reír. Sí se va a reír. Cuando me vea se va a reír. Se va a reír, se va a reír cuando me vea. *(Asómase al balcón, gozosa)* ¡Allí viene! Se va a reír. ¡Lo que lo quiero yo!... ¡Lo que me quiere él... ¡Lo que nos queremos!... Sí nos queremos. Nos queremos mucho. Mucho nos queremos. Somos un matrimonio que nos queremos. Nos queremos. Nada tiene que ver que de cuando en cuando haya entre nosotros cosillas... disgustillos... cuestioncillas... ¡Todos los días merengues no puede ser! Pero nos queremos. Y se ve en esta fecha. En esta fecha es cuando se ve. En esta fecha. ¡El día más bonito del año para nosotros! ¡Más que el Corpus relumbra!... ¡Siete años ya!... ¡Mira que siete años, María Luisa!... Después de todo, poco nos habemos peleado para siete años. ¡Siete años!... Suspirando. ¡Ay!... La pulsera, el anillo, la peina, las horquillitas... ¡qué tronados estábamos entonces!... los aretes, el pañuelo de talle... ¡y lo que venga hoy! ¿Qué me traerá? ¿Qué me traerá? ¿Qué se le habrá ocurrido? Ya llega. Pronto voy a saberlo. *(Se arrincona un poco, para sorprender a Rogelio, que sale por la puerta del foro, al parecer contrariadillo)*

ROGELIO: *(Entre sí, tirando el sombrero en un mueble)* ¡No se puede uno fiar ni de su sombra! ¡Maldito sea el demonio! Pues ¿y el amo, queriendo también aguarne la fiesta?

MARÍA LUISA: *(Llamándole la atención graciosamente)* ¡Ejem!, ¡ejem!

ROGELIO: *(Rogelio se vuelve hacia ella, y al mirarla se le alegra el semblante)* Pero ¿estabas ahí? ¡Digo! Y ¡cómo te has puesto! ¿Vamos a la feria?

MARÍA LUISA: ¡Ya sabía yo que te ibas a reír!

ROGELIO: ¿Vamos a la feria?

MARÍA LUISA: ¿Para qué? Hoy la feria está en casa. ¿No es verdad?

ROGELIO: ¡Y tan verdad!

MARÍA LUISA: ¡El día no es para menos!

ROGELIO: ¡Calcula!

MARÍA LUISA: Fíjate. Fíjate en lo que tengo encima. Y acuérdate del cómo y cuándo... y de antes y de después. Mira: la pulsera del primer año, el anillo del segundo, la peina del tercero, las horquillas del cuarto, los aretes del quinto... este pañolillo del sexto... y ahora ¡usted dirá, don Rogelio Palma! ¡Usted dirá!

ROGELIO: ¡Maldito sea!...Don Rogelio Palma lleva una mañanita...

MARÍA LUISA: ¿Eh?

ROGELIO: Sí. El principal, que no sabe ponerse en las cosas. Trabaja uno como un negro todo el año; le acredita la relojería... que hoy ya en Sevilla es la que más se busca, y me discute la libertad de un día como éste.

MARÍA LUISA: ¿Es de veras?

ROGELIO: Como te lo digo. Y... de lo otro... ahora hablaremos. (*Coge su sombrero y se va por la puerta de la izquierda*)

MARÍA LUISA: (*Desolada*). Se le ha olvidado. Hasta que me ha visto compuesta no se ha acordado del día que es hoy. Se le ha olvidado. Se lo noté en la cara. Él se echó a reír, pero de la sorpresa. Se le ha olvidado. A éste se le ha olvidado. ¡Qué desengaño, señor, sí se le ha olvidado! Y se le ha olvidado. ¡Ya lo creo que se le ha olvidado! ¡Se le ha olvidado! ¡Se le ha olvidado!

ROGELIO: (*Vuelve Rogelio, que no sabe la que le aguarda*).
Pues verás lo que iba a decirte, María Luisa.

MARÍA LUISA: (*Mal dispuesta ya*). A ver.

ROGELIO: Por si era poco el torozón que me he tomado con el amo... Salí de allí... Bueno, hace unos cuantos días pasé por casa de Manolo Sánchez el platero, y me enseñó un collar de corales que tenía de oportunidad. Muy bonito. Una alhajilla fina. Me enteré de cómo se llamaba... ¿tú comprendes?... por si estaba o no a mis alcances...

MARÍA LUISA: Y no estaba.

ROGELIO: Sí que estaba, sí. Y como se acercaba el día de hoy, lo dejé apartado para tu persona.

MARÍA LUISA: ¿No llevabas dinero encima?

ROGELIO: No es eso. Manolo me lo hubiera fiado. Es que había que componerle el brochecillo.

MARÍA LUISA: ¡Qué casualidad!

ROGELIO: Y llego hoy a recogerlo para traértelo...

MARÍA LUISA: Y ha habido ladrones esta noche en casa de Manolo.

ROGELIO: No, no ha habido ladrones.

MARÍA LUISA: Sí, hombre, sí; si lo dice el diario. ¡La prueba es que se han llevado mi collar!

ROGELIO: Entérate, mujer; no empecemos ya la madeja. Ha tomado Manolo un dependiente nuevo...

MARÍA LUISA: ¿Un dependiente nuevo?

ROGELIO: Un dependiente nuevo, sí; un hijo de un compadre suyo. Y resurta que sin saber el chiquillo que el collar estaba ya vendido por Manolo, lo ha apalabrado con la marquesa de San Roque.

MARÍA LUISA: ¡Carambi!

ROGELIO: No, no; sin ¡carambi!

MARÍA LUISA: ¿Sin ¡carambi! eh? ¡Pos hijo, con decirle a la marquesa que ya estaba vendido!...

ROGELIO: De eso se trata; pero es menester ir por sus pasos... La marquesa es una señora muy caprichosa, y además, favorece mucho a Manolo...

MARÍA LUISA: ¡Claro!

ROGELIO: ¡Y el hombre teme disgustarla! Con razón. De todos modos va a ver si consigue...

MARÍA LUISA: ¡No lo consigue!

ROGELIO: ¡O sí!

MARÍA LUISA: ¡No, no lo consigue! El collar no viene a esta casa.

ROGELIO: ¡O sí viene, mujer!

MARÍA LUISA: ¡No viene! El collar no viene. Y menos hoy, que es cuando ha debido venir. No viene, no viene. El collar no viene. No le des vueltas, que no viene el collar. No viene.

ROGELIO: ¡Bueno!

MARÍA LUISA: Y, naturalmente, no siendo ese collar, no había para mí en la tienda ni un mal alfiler de filigrana de plata...

ROGELIO: ¡Había en la tienda muchas cosas, pero como lo del collar todavía no está resuelto...!

MARÍA LUISA: ¡Ay qué risa!

ROGELIO: Ah, pero ¿es que dudas de lo que te digo? ¿Es que crees quizá que se me ha pasado la fecha de hoy?

MARÍA LUISA: ¡A la vista está! Por mucho que tú lo compongas...

ROGELIO: ¡María Luisa!

MARÍA LUISA: ¡Un desengaño así me esperaba, Rogelio! ¡Quién lo hubiera pensado!

ROGELIO: ¿Le parece a usted? ¡Después de la mañana que llevo, este postre! ¡Ahora mismo vas a venir conmigo a la platería para convencerte de la verdad!

MARÍA LUISA: ¿Quién, yo? ¿Yo a la platería? Tú no me conoces, Rogelio. ¿Para qué? ¿Para que se me tome por una mujer de estas exigentes que traen a los hombres de cabeza? No, hijo mío, no. Yo no me muevo de mi casa, Para otra vez, ten un poquito de más memoria. Un dedal que me hubieras traído me hubiera dejado tan contenta. ¡No hacían falta tantos collares! Un dedal a tiempo me bastaba. Un dedal. Un simple dedal. Nada más que un dedal. Pero, amigo, cuando las cosas se van del pensamiento... luego no se arreglan fácilmente. ¿Y quieres llevarme ahora a la platería? ¡Qué disparate! ¡Como que te iba a faltar a ti un guiño para prevenir a Manolo! No, hijo, no. Yo no hago esos papeles. Ni soy yo como la vecina de al lado, que sacude los vestidos nuevos al balcón para que se caiga a la calle la etiqueta del precio y se entere la gente de lo rumboso que es su marido. No, hijo, no. La hija de mi madre no le da un cuarto al pregonero. ¡Ay Virgen de los Reyes! ¡Qué desengaño más cruel!

ROGELIO: ¡Bueno! *(Saca su reloj y mira la hora, dispuesto a armarse de paciencia y a tener calma)*

MARÍA LUISA: Vete, vete cuando quieras a la calle, si estás de prisa; si hay alguien que te espere que te interese más que yo. Vete, vete a la calle. Yo me quedo en mi casa solita. Solita no: con mis lágrimas. ¡Llorando, como nos toca siempre a las pobres mujeres! Las lágrimas acompañan mucho. Esto no lo sabe ningún hombre.

ROGELIO: Pero ¿vas a llorar, criatura? Mírame bien y párate un poco. ¿Tengo yo la culpa de nada de esto? ¿Es para llorar la cosa, mujer?

MARÍA LUISA: ¡Es verdad! ¡Yo no me había dado cuenta! ¡La cosa es para reír! ¡Ay qué gracia tiene! ¡A mi marido se le ha olvidado que hoy hace siete años que nos casamos! ¡Ja, ja, ja!

ROGELIO: ¡Eso no se me olvida a mí tan fácil!

MARÍA LUISA: (*Airada*) ¿Qué me quieres decir?

ROGELIO: Lo que te he dicho: que no se me olvida tan fácil.

MARÍA LUISA: ¿Te has arrepentido quizá del matrimonio? ¿Te pesa? ¡Qué lástima! ¡Pobrecito mártir! ¡Claro! Te ha tocado una mujer que es una loca, chismosa, callejera, de tienda en tienda, de corro en corro, que no está en casa nunca, gastadora, sucia, abandonada... Tú tomas todos los días pegados los garbanzos, pegado el chocolate, pegado el arroz... los pantalones los llevas con zarpa, el sombrero con polvo, los puños con flecos, los calcetines con uvitas... ¡Desgracias que hay en este mundo! ¡Qué lástima de hombre! ¡La zapatilla que le ha tocado!

ROGELIO: (*Rogelio no deja de mirarla de cuando en cuando, conteniéndose siempre para no contestarle*) Sigue, sigue. ¡Qué le vamos a hacer!

MARÍA LUISA: ¡Natural que sigo! ¿No tengo de seguir? ¿Qué menos va una a procurarse que este desahogo? Si no me quieres escuchar, tápate las orejas o vete. Pero yo sigo. ¡Vaya si sigo!

ROGELIO: Sigue, sigue.

MARÍA LUISA: ¡Ya lo creo que sigo! ¡Y tanto como sigo! ¡Me lo dijo algunas veces mi madre!... ¡Jesús! ¡Las veces que me lo dijo mi madre!... ¡Pobrecita! ¡Cuidado que me lo dijo veces mi madre!... ¡No se cansaba de decírmelo! ¡No se cansaba! Me lo dijo, me lo dijo mi madre... ¡Mire usted que me lo dijo mi madre!...

ROGELIO: ¡Acaba de una vez la copla! ¿Qué fue lo que te dijo tu madre?

MARÍA LUISA: ¡Que me casaba con un embustero!

ROGELIO: ¡Bien sabe Dios que no lo soy!

MARÍA LUISA: ¡Pobrecita! ¡Si levantara la cabeza!

ROGELIO: ROGELIO: ¡Era lo único que hoy me faltaba!

MARÍA LUISA: (*Herida en lo más vivo*) Mira, Rogelio: para hablar tú de mi madre te enjuagas la boca. Cuidadito, ¿eh? Te enjuagas la boca. Para hablar de mi madre tú te enjuagas la boca. ¿Lo oyes? Te enjuagas la boca. Te enjuagas tú la boca para hablar de mi madre. Te enjuagas la boca. Te enjuagas la boca. Te enjuagas la boca. (*Rogelio, de puro nervioso, gesticula como si se la enjuagara en efecto*) ¿Qué haces?

ROGELIO: ¡Enjuagarme la boca, porque voy a tener que seguir hablando de tu madre... y puede que de tu padre!

MARÍA LUISA: ¡Rogelio!

ROGELIO: ¡María Luisa!

MARÍA LUISA: ¡Alto ahí! Ojo con lo que dices. Mi padre es sagrado. Para hablar tú de mi padre...

ROGELIO: ¿Qué enjuagatorio va a hacer falta?

MARÍA LUISA: Para hablar tú de mi padre tienes que vestirte de limpio.

ROGELIO: Hasta el domingo no me toca.

MARÍA LUISA: Pues espérate al domingo para hablar de él. Mi padre es sagrado. Y dejemos ya a la familia.

ROGELIO: Sí; bastante hay contigo.

MARÍA LUISA: ¡Ay, si me valiera dar media vuelta y dejarte solo, qué a gustito iba yo a dormir aquella noche! ¡Qué a gustito! ¡Sin tropezar con nadie al rebullirme! ¡Qué a gustito! Pero en eso descansas tú: en que desciendo de buena cepa; en que no he de dar campanada ninguna; en que soy trigo limpio. ¿Por qué no te casaste con aquella primera novia, precioso? ¡Manolita Zancajos! ¡Esa era la que a ti te tocaba! ¡Qué dolor de equivocación! ¡Qué perla de mujer para este hombre! Pero, en fin; Dios lo quiso. Sería mi suerte.

ROGELIO: Y la mía.

MARÍA LUISA: ¡Y la tuya también! ¡También la tuya! ¡La tuya también! Lo pues decir muy alto. ¿O te piensas que no has tenido tú suerte al tropezar conmigo?

ROGELIO: ¡El gordo me ha tocado!

MARÍA LUISA: Por supuesto, que tanto va el cántaro a la fuente... Las mujeres buenas también nos cansamos. También nos cansamos las mujeres buenas. También nos cansamos. También nos cansamos. Nos cansamos también. Nos cansamos. Y la cuestecita abajo es agradable y tiene jabón. Tiene jabón la cuestecita. Tiene jabón. Resbala, resbala la cuestecita abajo. Tiene, tiene jabón. Y a nadie hay que pedirle milagros... Somos de carne y hueso. Y una mujer desengañada y aburrida dispone de muchas horas para pensar cosas malas.

(Rogelio, a espaldas de ella, coge nerviosamente una silla en actitud amenazadora; pero al cabo la suelta mediante un esfuerzo de su voluntad. Ella, sin embargo, lo advierte, y desafía a Rogelio con la mirada, continuando luego su desahogo) Y el pensamiento es libre: el pensamiento no reconoce valladar. Y una compara. Sin querer; pero una compara. Se le viene a la idea comparar, y compara. Pasa a la vera de una un hombre guapo, y una compara. Compara una. Aunque una no quiera comparar, compara. Y el hombre le dice a una una fineza, y una le da oídos. ¿A qué mujer le desagrada una fineza? Y sin querer se acuerda una del puerco espín que tiene en su casa. Se acuerda una sin querer. Se acuerda una. Es sin querer; pero una se acuerda. Se acuerda una. Yo no soy ventanera ni nunca lo he sido, y el otro día estaba en la ventana del callejón —¡porque no soy mora tampoco, y me gusta asomarme a la reja de cuando en cuando a que me dé el aire!— y pasó Clavija el silletero, que no puedo negar que me hace gracia... Me hace gracia Clavija. Me hace gracia. Clavija es un hombre que a mí me hace gracia. *(Al oír Rogelio esto de la gracia que le hace «Clavija», mira nuevamente su reloj y se marcha luego por la puerta de la izquierda, sin que ella, que a la sazón le ha vuelto la espalda, se dé cuenta de que se va)* Escuchar a un hombre que a una le hace gracia no es ningún delito. A nadie se le falta con eso. Le hace a una gracia un hombre y lo escucha. Un delito no es. Pero por ahí se empieza el plato de dulce. Se mete un dedo y se chupa. Por ahí se empieza Y si una tuviera con quién distraerse, ahí se quedaba. Pero ¿qué va una a hacer? Si su marido la abandona y una no tiene hijos, ¿qué va una a hacer? Una mujer sin hijos, por santa que sea, en una hora de aburrimiento mete el dedo en el plato de dulce. ¡Ay si yo tuviera hijos con quien consolarme de mis penas! ¡Por malos y por feos que fueran! ¡Aunque fueran muy feos! ¡Aunque se parecieran a ti! *(Dice esto volviéndose)* ¡Ah! Pero, ¿se ha ido? ¿Habrá insolencia? ¿Habrá descaró?

¡No, pues lo de los hijos me lo oye! (*Éntrase por la puerta del foro, sin dejar de hablar, persiguiendo a Rogelio. La voz se aleja y se acerca en el interior una o dos veces*) ¡Sí, sí; si yo tuviera hijos sería otra cosa! ¡Ya podías estarte dos meses sin verme! ¿A mí, qué? ¡Para eso estaban conmigo mis hijos! Pero para tener hijos hace falta cariño. Mucho cariño. ¡Hace falta mucho cariño para tener hijos! Y tú no sabes de eso. Tú no me has querido a mí nunca de veras. ¡Nunca, nunca! No, no te tapes los oídos; me tienes que escuchar. ¡Tú no me has querido nunca! También me lo dijo mi madre. También me lo dijo. Mi madre me lo dijo también. «¡Ese hombre no te quiere! ¡No te cases con ese hombre, María Luisa, que no te quiere!» ¡Me lo dijo mi madre! ¡Pobrecita! ¡Me lo dijo, me lo dijo mi madre!

ROGELIO: (*Salen al cabo uno detrás de otro por la puerta de la izquierda. Rogelio trae el sombrero en la mano para irse a la calle. Contestando, desesperado ya, a la última frase de María Luisa, exclama*) Y ¿por qué no me lo dijo a mí? (*En seguida se va por la puerta del foro. Ella se deja caer en una silla, angustiada*)

MARÍA LUISA: ¡Qué pena! ¡Qué pena tan atroz! ¡Mi marido me huye! ¡Y en este día tan señalado! ¡Soy la mujer más desgraciada del mundo! (*Llora largamente en varios tonos*)
(*Pausa*)

ROGELIO: (*Sale de nuevo por la misma puerta del foro Rogelio, con una cartita y otra cara*) María Luisa. (*Ella le vuelve la espalda bruscamente*) María Luisa. ¿No quieres que te hable?

MARÍA LUISA: No.

ROGELIO: ¿Ni que te lea? (*María Luisa lo mira con rabia, como si creyese que él se burla*) ¿Tampoco? Es que acaba de llegar esta cartita... Tú no tienes humor de cartas, ¿verdad? ¡Bueno! Pues la leeré yo solo. Es de Manolito el platero. (*A un gesto de ella*) ¡Sí, hija, sí! ¡De Manolito el platero! ¡Hay Providencia! Dios, que es varón y se condolece alguna vez de sus semejantes... ¡Como está sortero!... Vamos con la cartita. Si no la quieres escuchar, puedes irte. O asomarte un momento al balcón, por si pasa Clavija. ¡Es tan gracioso! ¡Clavija es tan gracioso! (*De ella se apodera una singular inquietud. Él lee*): «Querido Rogelio: la señora marquesa de San Roque no tiene inconveniente ninguno en cambiar el collarito de corales por otra chuchería». ¡Ejem! ¡ejem! Cada vez me hace más daño el tabaco. «De manera que esta misma tarde lo tendrá usted en su casa con el broche compuesto». ¡Con el broche compuesto! «Que María Luisa lo disfrute muchos años en salud... y que usted lo vea. Su amigo, Manolo». (*Pausa. La mira... de la única manera posible*)

MARÍA LUISA: (*Con la cabeza baja, pero sonriendo*) ¡Rogelio!

ROGELIO: ¡María Luisa!

MARÍA LUISA: ¡Rogelio de mi arma!

ROGELIO: (*Respirando, como a quien le llega la suya*) ¡Ay! ¡Gracias a Dios! Te lo dijo tu madre. Tu madre te lo dijo. A ti te lo dijo tu madre. Te lo dijo. Te lo dijo tu madre. Yo me enjuago la boca para hablar de tu madre. Me enjuago yo la boca. Pero a ti te lo dijo. «¡Te casas con un embustero!»

MARÍA LUISA: ¡Rogelio de mi arma! ¡Tú no has sido nunca vengativo! ¡No lo seas ahora! ¡Es el cariño que te tengo, que a veces me ciega!

ROGELIO: Te ciega, te ciega.

MARÍA LUISA: ¡Me ciega!

ROGELIO: ¡Como que no has visto el guiño que yo le he hecho al platero desde aquí para que escriba esta carta!

MARÍA LUISA: Rogelio, no seas vengativo. No seas vengativo, Rogelio. No seas vengativo. Rogelio, no seas vengativo. Me perdonas, ¿verdad? (*Yendo a él y colgándosele del cuello*) Sí me perdonas. Sí me perdonas, sí. Tú me perdonas. ¿Verdad que me perdonas, Rogelio? Dime que me perdonas. Sí me perdonas, sí. Me perdonas. Tú me perdonas. ¡Pobrecito mío! ¡Los disparates que te he enjaretado! ¡Mira que te he enjaretado disparates! Y ¡con qué calma me escuchabas!

ROGELIO: ¡Psché! La experiencia.

MARÍA LUISA: La experiencia, ¿verdad? Las mujeres tenemos la culpa de todo lo malo que hagan con nosotras los hombres. Tenemos la culpa. Las mujeres tenemos la culpa. La tenemos. Tenemos la culpa las mujeres. Los empujamos, los trastornamos, los precipitamos...

ROGELIO: ¡Eso es! Ni más ni menos. Dicen que hay un cuartito de hora en que la que más mira menos ve; la más firme se hace de cera, y la más amarga de caramelo. ¡El cuartito de hora famoso! Pero en cambio de ése hay otro cuartito de hora —y esto te lo dice a ti un relojero experimentado— en que la mujer más buena se vuelve un demonio. Ni ve, ni oye, ni entiende, ni quiere a nadie entonces, ni le importa más que lo que se le mete entre ceja y ceja. Sabe que es mujer, sabe lo que vale para el hombre, sabe que el hombre no va a matarla, y aprieta los tornillos con todas sus fuerzas. Insulta, mortifica, ofende, inventa cosas imposibles... Pide el sol, pide la luna, pide las estrellas de rabo... ¿Qué voy a contarte yo? ¡Tú lo sabes mejor que nadie! Pos bueno: el hombre que, como este cura, deja pasar ese cuartito de hora callao como en misa, como una penitencia, o como se deja pasar una nube que trae pedrisco, ése está salvado y siempre recoge su premio. El que no tiene aguante y discute, ése ha hecho su suerte. ¡Dios sabe adónde irá a parar! Porque a las mujeres se les debe hacer caso siempre... menos en ese cuartito de hora. Conque dale gracias a Dios que en vez de marido te ha deparado un termo... que conserva siempre su interior a la temperatura que le conviene.

MARÍA LUISA: ¡Por la gloria de mi madre, Rogelio, que este va a sé mi último cuartito de hora!

ROGELIO: ¡De esa clase!

MARÍA LUISA: ¡Claro! ¡Los cambiaré por los de la otra!

ROGELIO: ¡Así sea!

MARÍA LUISA: ¡Perdóname el mal rato, Rogelio! ¡Perdóname de veras todos los desatinos que te he dicho!

ROGELIO: ¡Ya están perdonados!

MARÍA LUISA: ¡Todos ellos! ¡todos ellos! ¡Porque tú comprenderás que a mí no me hace gracia Clavija!

ROGELIO: ¡Ni a nadie!

MARÍA LUISA: ¡A mí Clavija no me hace gracia! ¡A mí no me hace gracia Clavija! ¡Te lo juro!

ROGELIO: ¡A ti no te hace gracia nadie más que yo!

MARÍA LUISA: ¡Esa es la verdad más grande que has dicho esta mañana! ¡Ay, qué contenta estoy con mi Rogelio! ¡Qué contenta estoy!...

También después de una pelea
hay un cuartito de hora bueno

en que el cariño saborea
la miel que sale del veneno.

FIN